

AÑO XXI.—NÚM. 6140

28 DE NOVIEMBRE DE 1881.

REDACCION, MAYOR 24.

EL ECO DE CARTAGENA.

Lunes 28 de Noviembre de 1881.

LA MENTIRA.

Los moralistas puritanos consideran la mentira como una infamia que en ningún caso, puede excusarse; pero los puritanos de todas clases exageran siempre sus principios hasta el fanatismo, de suerte que, de una cosa que puede ser buena en su esencia, concluyen por hacer otra mala ó imposible.

Los casuistas son más tolerantes; reconocen tres clases de mentira: la «perniciosa», que con razón juzgan como un vicio abominable; la «oficiosa», que permiten en ciertos casos, y la «alegre ó divertida», que califican de broma sin importancia.

Voltaire, que era mucho más hombre de mundo que moralista (casi iba á decir que hombre de moralidad,) habla de esta manera:

«Hemos atribuido tanta más infamia á la mentira, cuanto que, de todas las malas acciones, es la más fácil de ocultar y la que ménos cuesta de ejecutar. ¡Pero en cuantas ocasiones es la mentira un acto de heroísmo!

Cuando se trata, por ejemplo, de salvar á un amigo, quién entonces dijese la verdad se vería cubierto de oprobio; y no establecemos gran diferencia entre un hombre que calumniase á un inocente y un hermano que, pudiendo salvar la vida de su hermano diciendo una mentira, prefiriere abandonarlo y decir la verdad.»

La mentira «perniciosa» constituye una verdadera calumnia; es el más cobarde de los asesinatos. Gomez, banquero de Madrid, era un hombre de la mayor probidad, y que disfrutaba en el comercio de una confianza ilimitada. Un rico capitalista, el joven conde de C., habia colocado en casa de aquel una suma de cuatro millones, con facultad de retirarla á voluntad, avisando al banquero tres meses antes. Un joven bastante libertino, Eduardo B., que frecuentaba la alta sociedad, tuvo la pretensión de pedir la mano de Blanca Gomez, siéndole negada rotundamente por su padre. Entonces Eduardo juró vengarse, y hé aquí lo que hizo. Establó relaciones de amistad con el cajero de la casa, y le convidó á almorzar. Ya de sobremesa, le hizo algunas preguntas relativas á la posición financiera de su principal, y á fuerza de habilidad y de vino de Champagne, logró saber que los vencimientos del mes de Julio (estaban entonces en Abril), serian muy importantes y molestarían la marcha ordinaria de la casa, pero que Gomez haria frente á ellos si no ocurría nin-

gun contratiempo inesperado.

En seguida Eduardo fué una tras otra á las tertulias que frecuentaba hasta que halló al conde de C. en un brillante reunión.

—Sea V. el bienvenido, amigo Eduardo. ¿Qué ocurre de nuevo? Usted, que todo lo sabe, cuéntenos algo.

—Señora, hay tan pocas novedades que puedan interesar á usted.

—¿Ninguna?

—Algunas maledicencias, calumnias quizá... por ejemplo, circula con insistencia el rumor de que ese pobre Gomez ha hecho muy malos negocios, y que está próximo á quebrar. Puede usted suponer, señora, que no creo ni una sola palabra de todo eso, que soy su amigo verdadero...

—Efectivamente, creo recordar que iba usted á casarse con su hija.

—Es cierto, señora, pero ayer fuí á retirar mi palabra. Usted comprende que un hombre de cierta delicadeza no va á casarse con una mujer...

—Sin dote ¿no es verdad?

—Dispense usted, queria decir que un hombre honrado pero sin fortuna no debe hacer participar de sus privaciones á una mujer querida. Eso fuera un egoísmo criminal.

Al día siguiente, corrió en Bolsa el rumor de que Gomez iba á quebrar y todas las personas que tenían dinero en su casa, en condiciones parecidas á las del conde de C. se apresuraron á pedir su reembolso. No quedaba más remedio al pobre Gomez que levantarse la tapa de los sesos ó tirarse por el viaducto. Podia escoger.

¡Ese es el calumniador! es el efecto de la mentira perniciosa.

Pero, digan lo que quieran los escépticos, hay una Providencia para los hombres honrados. En el mes de Julio, Gomez pagó todos sus vencimientos, y ocho días después, casaba á su hija con el joven conde de C.—El calumniador fué el primero en ir á felicitarlos por la boda.

La «mentira oficiosa» puede ser algunas veces una virtud, mientras sea útil á una persona, mientras la salve hasta de la muerte sin perjudicar á nadie.

Al rey Fernando V. le agradaba en la vida íntima despojarse de la fastidiosa etiqueta.

Habia en palacio un viejo cortesano que, sea por efecto de su buen corazón, ó para darse aires de original franqueza, defendia siempre á los ausentes á quienes atacaba la maledicencia, y empleaba mil pequeñas mentiras oficiosas para conseguir su propósito; esto divertia particularmente al rey. Por lo demás tenia serenidad, que era imposible derrotarlo, hasta cuando se le cogia en el acto mismo de mentir.

—Marqués—Le dijo el rey—¿conoces al conde de Bustos?

—Sí, señor: tengo esa honra, y es el mejor de mis amigos.

—Pues estoy muy discontento de él.

Sé de buen origen que no hace mucho se ha permitido hablar en términos que me ofenden.

—Señor, han engañado á V. M.; el conde es leal defensor y adicto servidor de V. M.

—¿Estás seguros ello?

Si, señor. Nos vemos de casi todos los días, y ayer, comiendo juntos, decíamos mil cosas acerca del respetuoso amor que ambos profesamos á V. M.

—¿Ayer, dices?

—Si, señor, ayer mismo.

—Pero, ¿cómo puede ser eso cierto, si hace quince días que murió el conde?

—¿Como! ¿Hamuerto?... Pues bien—añadió sin desconcertarse el cortesano—«Requiescat in pace.»—Luego se santiguó y siguió hablando tranquilamente de otra cosa.

La mentira oficiosa se aproxima algunas veces á cuanto de más sublime tiene la virtud.

Cuando el príncipe de Gales, hijo del desgraciado Carlos I, perdió la batalla de Worcester, sus escoceses le abandonaron, y tuvo que escapar sólo á través de los campos. Después de haber recorrido un bosque y dormido en él durante algunos días, se halló tan rendido de cansancio, que entró en un castillo pidiendo hospitalidad. Aquel castillo pertenecía precisamente á un partidario de Cromwell. Sin embargo, el honrado dueño le recibió y le ocultó.

Uno de los generales del protector que seguia al príncipe de cerca se presentó poco después en el castillo y le reclamó.

—No lo he visto,—dijo el «baronnet.»

—Caballero,—repuso el general,—sabéis que el decreto es terminante, y que si no decis la verdad, si habeis dado asilo al príncipe, seréis condenado á muerte.

—Ni he visto al príncipe, ni le he dado hospitalidad.

—Jurad por la fé de caballero que no mentis.

—Lo juro,—contestó el «baronnet.»

El general se retiró, y quince días después, el príncipe desembarcaba sano y salvo en las costas de Holanda. Pero las minuciosas investigaciones que hizo Cromwell demostraron pronto la verdad, y el «baronnet» atrestado, fué llevado á Londres y juzgado por el Parlamento. Presentóse ante sus jueces con la frente alta y resplandeciente de noble dignidad, oyó leer sin emoción el acta de acusación.

—Señor,—le dijo el presidente,—

acabais de oír vuestra acusación, os habeis hecho culpable de un delito que se castiga con la pena de muerte. ¿Qué teneis que alegar en vuestra defensa?

—Nada, milores: el acta de acusación es cierta hasta en sus menores detalles; pero, que aquel de entre vosotros que en mi lugar hubiese sido bastante cobarde para obrar de otro modo, se levante y me condene.

El «baronnet» fué absuelto.

La mentira «alegre», es siempre inocente, y algunas veces divertida, cuando está bien y manejada con gracia y con talento. Pero el papel de Manolito Gazquez es mucho más difícil de representar en sociedad que lo que algunos creen. No basta, para agradar, el arrastrarse pesadamente en lo maravilloso, lo hiperbólico y lo imposible, y edificar un cuento tan fastidioso como inverosímil. Es preciso contar con gracia, brevemente, y concluir con una llamarada viva, cómica, imprevista. La «candaluzada» tiene algo de eso, pero su parte cómica está por completo en la exageración, mientras que en la mentira alegre, está en lo imprevisto.

Comia yo un día en casa de uno de mis amigos, y no nos habiamos sentado á la mesa hasta después de haber concedido el cuarto de hora de espera á uno de los invitados que no llegaba. Diez minutos más tarde entraba en el comedor con un aire conmovido, como si viniese de un motín.

—Por fin ya estais ahí,—dijo el anfitrión.

—Os pido mil perdones por haberme hecho esperar, pero he visto aquí cerca en la plaza, una cosa tan curiosa, que no he podido dejar de detenerme algunos minutos.

—¿Qué cosa?

—Dos perros que se mordían con tal encarnizamiento, que se han comido uno á otro. Allí solo quedaron los rabos en el campo de batalla.

—Lo mejor fuera, no mentir nunca, porque cuando se ha adquirido el hábito de la mentira, es imposible ó por lo ménos muy difícil, corregirse de él.

Un hombre tenido por mentiroso, diria la verdad más palpable, y le costaria gran trabajo hacerla creer.

Parece como que, en boca de un mentiroso, las verdades sufren una metamorfosis, convirtiéndose en mentiras para aquellos que les escuchan.

(De la Nación Española.)

MARINA.

—o—

Resoluciones tomadas por este Ministerio.

Destinos.—Al cañonero «Pelicano»